

# LA LOBA Y EL CORDERO

PABLO ANTONIO CUADRA  
Poeta y Escritor Nicaraguense

Es bien conocida la influencia que ejerció el fascismo en el grupo de "Vanguardia" cuando sus miembros quisieron encausar su movimiento literario hacia la política. Lo que no está bien documentada es la reacción contra el fascismo que prontamente se produjo entre los principales "vanguardistas". El ensayo que ahora publicamos lo escribió P.A.C. al regresar de su primer viaje a Roma efectuado en 1939, ensayo que publicó en Argentina (en la revista "SOL Y LUNA") pero inédito y desconocido en Nicaragua. Se puede considerar como un antecedente del "CANTO TEMPORAL" de P.A.C., canto que marca un viraje en el pensamiento del poeta y un enfoque cargado de angustia y desilusión sobre sus anteriores ideas y sueños políticos. En "LA LOBA Y EL CORDERO" hay un sutil desengaño de la Roma Cesárea —que Mussolini resucitó como mito sagrado del fascismo— y una contraposición marcada de la Roma Cristiana. El ensayo, naturalmente, todavía está empañado por una concepción "constantiniana" de la Iglesia-Cristiandad afada a una cultura y a unas supuestas ideologías políticas, concepción que el autor ha también abandonado en el desarrollo de su fe cristiana.

## INTROITO

La Vía Appia, como la estatua de un río, desemboca en Roma, a cuyas puertas todos los caminos se quedan petrificados. Si Jerusalén es el Amor y Atenas el Saber, Roma —en la trinidad generadora del concepto Universal— es el poder. "El griego traduce tu nombre en su lenguaje por fuerza", dice San Jerónimo. De allí que Roma encuentre en la piedra todos sus verbos civilizadores. Y cuando el último Verbo de su Imperio se conjugó sobre la madera del Arbol en Jerusalén —que era Amor— fue

llamado Pedro, a quien se le dio el poder, o sea Roma, para lo cual dejó de ser Cleofás y fue Piedra.

Esta misma piedra que yo piso tembló al paso marcial de las Legiones como un tambor batido por el orgullo. Luego, ella misma, sintió sobre su torso castigado, la caricia humilde de la sandalia de los mártires. Unos iban a dar la sangre por la extensión del Imperio sobre los hombres. Los otros venían a derramarla por la elevación del Imperio hacia Dios. Y sobre el misterio de esas pisadas antiguas, mis pasos también son pasos romanos.

Debería preguntarme qué siglos tengo en mi sangre, porque aquí recobro, yo, nacido más allá del

Atlántico, toda la antigüedad de mi espíritu (1). Sobre la Via Appia mis pasos no se extrañan como podrían extrañarse sobre las graderías de un templo hindostano. Sé que llevo a Roma en mí, como el Legionario y el Mártir, si no entre armas y martirios, entre pensamientos. Y es así que toda mi razón, como desnuda, parece arrebatada por esa luz ancestral con que el sol poniente baña las siete colinas, ubres de la Loba.

Sin embargo, no es mi marcha hacia Roma la misma que otrora hiciera por las tierras del Imperio Español. Allá "el Imperio es la lengua" y la lengua es viva. Aquí el pasado me habla una lengua muerta, una lengua que ha superado la vida. España se encuentra a flor de labio; Roma más adentro de la palabra, enmarañada en la raíz misma del sonido. ¡Abuela Roma!, murmuraría el hijo de España... Pero todavía en la dulce palabra del vástago no está dicho todo el secreto de la presencia de Roma.

## LAS TERMAS Y EL COLISEO

Debo avanzar más. Pasar por la Puerta de San Sebastián hacia las Termas de Caracalla donde encuentro las primeras ruinas de la ruina del Imperio. Los mil seiscientos baños, el "caldarium", el "tepidarium", el "frigidarium" junto a la "Palaestra" y el "gymnasium" —como capillas para los ritos de la carne endiosada— forman este inmenso templo de la Concupiscencia, último término de una noble filosofía de la vida pero en cuyo centro no moraba el hálito de Dios. La suntuosidad antoniniana de las Termas ofende mucho más el fondo cristiano de mi pensamiento que la robusta magnificencia del Coliseo, cuyo perfil solemne y comentado se alza hacia el este, tras la Via dei Trionfi. El inmenso Anfiteatro de Flavio fue la arena de lucha entre dos conceptos del Imperio. El viejo imperio pagano de la Loba —elegido por Dios para construir sobre él su Imperio Divino— es en el Coliseo donde siente por primera vez la dentellada del Cordero. Es allí donde una conciencia nueva muerde lo más íntimo de su falsa unidad, es decir, de su fuerza. Y el orgullo dominador del mundo se resiste ante la acometida del Amor, e impone, ya tarde, su ley de exterminio. No sabía que luchaba contra las huestes del Resucitado, vencedor de la muerte!

Pero esta arena de crueldad es una historia de lucha profunda que no la tiene el mármol sensual de Caracalla donde la degeneración, desnudando al hombre de sus viejas virtudes, lo vence en un silencio podrido y sin memoria. En la lasciva tibieza del agua ahoga Roma su destino cumplido; es ya un Oriente imitado, un abandono de sí misma, un paganismo que se desmaya sin fuerzas para cumplir su ley natural, como presintiendo la dura e impetuosa promesa de una Ley Sobrenatural, que viene sobre ella a levantarla, huracanada, hacia un nuevo Destino. No así el Coliseo, donde Roma cree salvar, por la sangre, sus concepciones milenarias; donde lucha por su serena divinidad de piedra contra la locura divina florecida en el madero; donde se resiste un mundo natural y filosófico contra el milagro de un mundo nuevo sobre-natural y teológico.

El Coliseo es la clave de Occidente, el nudo gordiano que Cristo rompió, no con la espada, sino con la primer herida de su cuerpo místico.

## EL DRAMA DE ROMA

Aquí, en este teatro, en cuya redonda amplitud de piedra todavía puede sentarse, espectadora, la Historia, se me representa toda la claridad del drama de la Ciudad Eterna.

(1) Egloga IV.

(2) Roma es la nueva Sion, y todo pueblo que vive

Drama cuyo primer acto se desarrolla en la decoración majestuosa del Palatino —que asoma su recuerdo entre las arcadas del Anfiteatro—, en el Foro, y más allá, en el Capitolio, reliquias de la Roma cesárea. Cuyo nudo se retuerce en este mismo anfiteatro, recinto de la Roma agónica —¡nudo apretado por la violencia de los conceptos en lucha!— y cuyo desenlace se cumple en el Monte de los Vaticinios, donde la Cúpula de San Pedro es ya la ascensión de la Roma resucitada.

## EL FORO ROMANO

Pero no quiero adelantarme sobre el drama. El escenario sigue extendiéndose al pie de la colina, cada vez más florecida de huellas históricas. El Arco de Tito nos abre paso hacia el Foro romano, cuyo plano tiene la belleza difícil de la sintaxis de los períodos latinos.

Un cicerone que dormitaba en el Atrio de las Vestales se levanta presuroso y acercándose me dice: "He aquí el corazón de la vieja Roma, orgullo de sus antiguos ciudadanos, donde a través de los años erigieron sus grandes templos de mármol y sus maravillosas estatuas de bronce dorado... "Pero el poeta que siempre me acompaña le contiene: "¡Yo soy un antiguo ciudadano romano!"

Sí. Es más hermoso el silencio, hermano de los siglos. Tal vez Caro, señalándome las lastimosas reliquias, hubiera murmurado a mi oído:

"Solo quedan memorias funerales donde erraron ya sombras de alto ejemplo".

Pero yo prefiero ahora la memoria de Virgilio:

"Aspice convexo nutantem pondere mundum, Terrasque, tractusque maris, coelumque profundum; Aspire venturo lastentur ut omnia saeclo".

(Mira; doblándose a la sideral carga el Universo espía. Y las tierras y los espacios de la mar y las honduras

(de los cielos: Aspice venturo lastentur ut omnia saeclo".  
nace...") (2)

Todavía hay júbilo en el sacrificio de las piedras, truncadas en holocausto por la eternidad de la Urbe. Las altas columnas solitarias y los vacíos pedestales no lloran el tiempo pasado porque ahora sostienen el invisible peso de la historia presente. La túnica de piedra ha sido rasgada por los bárbaros porque era necesario que Roma se desnudara sobre sus siete calvarios para ser colocada sobre la Cruz de Cristo. ¿Quién puede llorar las ausentes estatuas cuando lo que era materia en ellas fue quemado para su purificación y lo que era espíritu permanece redimido por la Cristiandad? — Mirad: aquí fue el Templo del Divino Julio, pero su obra divinizada en piedra es apenas fría memoria en los museos, mientras que su obra humana, sus largos caminos de conquista, su lengua extendida por el orbe, ha sido divinizada por aquellos a quienes él abrió caminos: por los discípulos de Dios Hombre, y ha sido hecha cultura, o sea altar de razón para el culto revelado.

"¡Todo saluda jubilosamente a la centuria que nace!" Bajemos por la Sacra Via a ese pequeño recuerdo, tan romano, que llaman Umbilicus Urbis. ¡He aquí el centro mismo del Orbe para el orgullo romano, inconscientemente poseído de la profecía! — Yo subo sobre el redondel de piedra —centro umbilical de todas las vías del imperio—, mientras un

en la fe romana es romano. Eugenio Pacelli.

aire lejano parece arrancarme del presente. Ningún lugar mejor para proscenio del primer episodio. El Capitolio al norte, coronando su altura la macisa silueta del Senado; al oeste el Palatino, levantando tras la Domus Augustana, la Domus Tiberiana y la Domus Caligalae; y, entre el silencio de la noche que cae, el canto de las ranas en el Lacus Juturnae.

## SOMBRA Y MISTERIO DEL PRIMER ACTO DEL DRAMA

Viejas lecturas, recuerdos de antiguos textos aprendidos de memoria vienen a acompañar mi pensamiento entre las ruinas. Todos ellos me hablan de Rómulo, del urbano Rómulo, como símbolo del destino romano. Pero ¿no es la historia de Roma una traición al símbolo de Rómulo?

Rómulo quería una Roma encerrada, amurallada; una Roma nacionalista para decirlo con palabras actuales. Sin embargo, desde su original concepción, Remo inicia la fuga hacia la aventura —raíz de imperio— y salta la línea de las murallas romanas encontrando la muerte.

¿Por qué la muerte?

¿Por qué la muerte acecha y castiga también a César, el que pasó el Rubicón y saltó hacia el Imperio?

¿Por qué de nuevo la muerte cae y castiga a los cristianos romanos —Remos bautizados— que saltan las murallas del paganismo hacia la Roma de Dios?

He allí lo que yo llamo el misterio del drama de Roma.

Porque si Rómulo es la clave del destino de la Urbe, Remo, César y Cristo son sus tres enemigos, y su imperio y su eternidad (Roma Imperial-Ciudad Eterna) se convierten en fábula.

Miremos con los ojos nacionalistas de Rómulo la historia romana. ¿Qué faltaba a Roma? — Su virtud ciudadana y natural había escalado el más alto grado de humana perfección. Clásica era y la llaman porque había encontrado la armonía y la medida del hombre. Porque había absorbido de Grecia las escalas del saber y de la belleza, que agregadas a la escala de su virtud —de su “virtud romana”— ascendían al hombre antiguo a la plenitud racional. ¡Nada faltaba a Roma! ¿Qué secreto impulso, entonces, la arrojaba de sí, sobre el mundo? ¿Qué la llevaba a darse, a abrir sus puertas ciudadanas, a convertir sus esclavos y conquistados en romanos?

Mi interrogación, afanosa ante el misterio, busca el dato de luz en el espectáculo anochecido del Foro.

Cerca de mí, en un templo ultrajado por los siglos, se destaca la efigie severa y majestuosa de la Dea Nutrix, vieja diosa que es para mí la encarnación de la antigua Roma. Sentada, con un infante dormido entre sus brazos, proclama aún la virtud familiar del primitivo hogar romano.

—¡Roma! ¡Roma! —murmura el labio, fiel al pensamiento— ¿dónde tu secreto? ¡“Félix qui potuit rerum cognoscere causas. . .!”

Y, al latín antiguo o a la voz, aún romana, de un nieto de Roma, la dea Nutrix (¿historia que siempre responde!) incorpora su majestad de piedra y viene a mí descalza, descendiendo las gradas y los siglos.

—“Mira —me dice— yo soy Roma. La Roma de la leche, nutridora del mundo antes que la Roma de la sangre amamantara el espíritu insaciable. ¡He aquí este niño! ¡Ha muerto sobre mi regazo! Es Remo, el que quiso saltar sobre los límites de la Ciudad. Apenas le recuerda la historia, pero yo le amo más que a Rómulo. Al fin y al cabo él señaló el camino verdadero. El anunció mi destino. Me obligaba la historia —tú lo sabes!— a cercar, como Rómulo, mi heredad, a conservarme en mí, a vivir de mi virtud, como lo quisieron mis reyes hasta Numa

y lo expresaron los viejos romanos en labios de Naisica y de Scipión. Pero Remo había dejado el camino de su muerte. Algo me empujaba a saltar sobre la muralla de piedra para ir hacia el Imperio y algo más fuerte aún me empujó a saltar sobre la muralla de la vida para ir hacia la Eternidad”.

La caduca diosa crece y es hermosa ante mis ojos. Ella prosigue:

—“Nada faltaba a Roma, has dicho, e interrogas al misterio. ¿No sabes acaso que le faltaba la Revelación? —El drama de Roma es haber sido un pueblo elegido a quien le faltaba la conciencia de ser un pueblo elegido. Su virtud y su poder fueron utensilios de Cristo para armar la razón de un mundo que El iba a llenar de su Espíritu. Cristo usó las tres escalas del orgullo de Roma para ascender con su humildad. Pero esas tres escalas —las escalas de la virtud natural, del saber racional y de la belleza humana— no eran lo suficientemente altas para que Roma pudiera llegar hasta el misterio de Dios. Y así, la Roma trazada en el Plan Divino se cumple a pesar del plan de sus hombres, y Roma salta sus murallas con Remo, con César y con Cristo, quienes mueren por obra de ella misma, porque con sus muertes, el primero ha de profetizarle su Destino, el segundo ha de darle su Imperio y el tercero ha de conquistarle su eternidad”.

## REVELACION DE LA ROMA ANTIGUA

Un suave silencio interrumpe la relación de la diosa. Mis ojos y mis oídos han seguido su lenta palabra secular. Sin embargo ella parece mirar hacia lejanías inasequibles. ¿Por qué las estatuas miran así, con una mirada indecible y vaga?

Como una sibila —desposeída, sacerdotal— ella me llama y dice:

—“¡Acércate!”

Mis ojos siguen su mano que levanta el velo de la noche.

—¡Mira, me dice, esfuerza tus miradas hacia el horizonte. ¿No ves bajar desde el umbral de la historia a un pueblo acaudillado por reyes y patriarcas? ¡Es Israel, pueblo elegido para la Revelación! —Ahora asoma tus ojos sobre el monte vecino. ¡He allí otro pueblo que avanza: Es Roma, el pueblo elegido para la Razón!

“Israel está predestinado para traer en el arca de sus generaciones la sangre. Es una raza y no un pueblo el que debe perdurar. Roma, al contrario; como ha sido elegida para preparar las venas por donde ha de circular esa sangre redentora, es su gran pueblo el que se ve empujado a organizarse y a asimilar, a dominar y a unificar. Israel ha de darnos al Divino Caminante. Roma ha de prepararle sus católicos caminos. ¡Repara en sus rutas memorables: Israel tiene una historia de conservación y de defensa. Roma una historia de expansión y de conquista!

“El pueblo que trae la Revelación ha de guardarse incontaminado. Roma al contrario, aunque le importe la muerte, ha de saltar sus murallas para contaminar, para romanizar al mundo.

“Pero, como tú dices, algo faltaba a Roma. Su predestinación no era revelada, y por eso el drama de Roma es la inconsciencia de su drama. Israel sabe su destino. Roma lo ignora. Por eso si Israel peca contra su destino peca contra Dios y lo crucifica. Roma se lava las manos y pregunta: “¿Qué es la Verdad?”

“Pero la razón romana no espera la respuesta. ¡La Verdad es el drama, la Verdad es la muerte de la Roma que interroga, y se prefiere la fuga, la huida hacia el engaño, hacia la farsa, hacia la comedia! —Lo que Pilatos hace con Cristo frente a Israel, es lo que Roma hace con su destino. Israel pide el drama de la crucifixión. Roma, empero, concede la come-

dia de los azotes y del rey de farsa coronado de espinas.

“El destino de Roma le ordena a Roma salirse de su historia, ir al drama, desprenderse de sí, primero para la unidad del mundo por la razón, luego, para la unidad del mundo por la fe. Pero Roma no puede conocerse, debe equivocarse, tergiversar su profesión, crear trazo propio de su Imperio lo que es trazo del plan divino, sospechar su vocación de eternidad pero imprimirla en la materia y desviarla en el orgullo. ¡Ignorar su drama representando la comedia!

“Analicemos los hechos. La sangre y el desastre de Sylva, de Catilina y de Pompeyo habían ya desnudado a Roma de historia. De su historia urbana. Pero de nuevo la voz de Rómulo quiere cautivarla con las sabrosas palabras de Cicerón, mientras César, habitado por Remo, consolida el Imperio para morir bajo las dagas. La Comedia insiste en su papel histórico y por eso el Divino Julio, aunque predestinado, aunque dramático, disfraza su monarquía con la vieja toga republicana y muere en escena. Pero la muerte de César es teatral, aparente. El destino dramático del Imperio exige a Remo, mientras la comedia insiste, persiste en representar a Rómulo. Y así, en esta lucha, en esta dualidad, el César revive en Augusto, pero el Senado y la nobleza y los tribunos siguen en su papel de actores. ¡La inmensa comedia no quiere cesar! Roma se entrega a ella con tanta más pasión cuanto más viva es la realidad de su drama. Busca todas las formas de la fuga: El arte se irá tras la retórica. La filosofía, al beber en las aguas de Grecia, no buscará la fuente dramática del pensamiento platónico o aristotélico, sino el falso espejismo de la comedia estoica o epicúrea. El pueblo, más instintivo, llanamente se irá al circo, al espectáculo.

“Recordad:

“Tu regere Imperio populos Romanae momento  
Hoc tibi erunt artes, pacique imponere morem  
Parceres subjectis, etc debellare superbos”,

Tu arte ¡oh Roma! canta Virgilio—, es dar e imponer leyes de paz, perdonar a los humildes y debelar a los soberbios. Pero Virgilio también ata al tiempo y al engaño la profesión. El poeta recoge de las hondas entrañas de la historia datos y cifras del destino, pero inútilmente los aplica a la Roma inconsciente, a la Roma pagana, a la que sólo es camino y no realización. La Roma de la paz y de los humildes está detrás de las murallas de la muerte. En el dramático desenlace de su comedia. En su resurrección.

“Pero la poesía no logra adquirir tales horizontes. La plenitud de los tiempos obligará da nuevo a Virgilio a cantar el sordo rumor de la profesión:

“Tú modo nascenti puero, quo ferrea primum  
Desinet, at toto surget gens aurea mundo,  
Casta, fave, Lucina: tuus jam regnat Appollo”.

“(A este niño reciente privilegia, Lucina,  
recoge con tus brazos al que rompe los hierros,  
y una áurea familia levanta sobre el mundo.  
Ya el claro Apolo reina!”),

pero las palabras están ancladas en el pequeño mar de su edad. Se busca al niño profetizado en el César. Se confunde el amor con el oello perfil pético de Apolo. Se cree la vida en la comedia...

“...Sólo Augusto, el noble emperador de la áurea paz, el que cierra y pone punto final al destino inconsciente de Roma, parece adivinar en el horizonte

de la muerte el papel verdadero de la Urbe, su símbolo oscuro, la cercana victoria del drama. Una sonrisa asoma a sus labios agonizantes y una última frase culmina su vida como para levantar ante su pueblo el velo de la historia: “Acta est fabula!” —dice— “La comedia ha terminado. ¡Aplaudidme!”

Apenas puedo consolar, con los ojos absortos, la misteriosa palabra de la diosa romana.

Las claras luces del amanecer bañan las siete colinas. En la vida romana era esta la hora en que el teatro llamaba a los espectadores. Otra Representación, misteriosa y sagrada, es la que ahora se anuncia desde los campanarios con dulces voces de metal. Comedia y drama.

—¿Dónde me llevas?

La mujer de los pechos inagotables me ha hecho una seña y yo la sigo. Mientras caminamos de nuevo al amplio Coliseo, me señala en los arcos triunfales los relieves de victorias y batallas.

—“Israel, me dice, recibió la Ley de Dios. Gravó en las Tablas de Moisés sus X mandamientos y se encaminó a la tierra prometida. Tenía el cielo y buscaba el suelo, buscaba la tierra.

“Roma formuló el Derecho. La ley de los hombres. Grabó su justicia en las XII Tablas; adquirió la tierra, y fue tras el Saber que es la pista de Dios. Tenía el suelo y buscaba el cielo sospechado.

“Sin embargo Israel, poseyendo la Revelación pecó contra ella y Dios le negó el goce de la tierra prometida. Sometió a su pueblo al cautiverio. Y la voz de sus profetas clamó las promesas venideras entre el llanto y la humillación.

“Roma también fue castigada. Poseyendo la razón, pecó contra ella. Era dueña ya de la más alta filosofía pero Dios le negó el cielo perseguido. Su orgullo conquistó la tierra toda. Pero sus poetas y filósofos inútilmente buscaron el Eterno Principio entre la orgía de las generaciones corrompidas y las fáciles tentaciones del sofisma. “Tendebantque manus ripas ulterioris amore!”

“Así, pecando contra sus mutuos destinos, cuando les llega el momento de cumplirlos, los dos pueblos se extravían. Olvida el uno que es pueblo de Dios. El otro olvida que es un pueblo de hombres. A Israel le nace el Mesías, pero al ver que no es un Caudillo de la tierra, un jefe terrenal y político, lo crucifica. Buscando sacrilegamente la tierra, perdió el cielo, perdió la Revelación. ¿No sigue, acaso, desde entonces, errante y disperso, pueblo sin tierra, extraviado y mesiánico? — En tanto Roma, cuando dominó al mundo, al no encontrar a Dios, divinizó a sus jefes. Y, ante los primeros cristianos que no quieren adorar la Divinidad de sus Césares, ante la llegada del verdadero Dios hecho hombre, opone sangrientamente el extravío del hombre hecho Dios. ¡Roma, buscando el cielo por un camino irracional, perdió la tierra, perdió la razón!” (1)

Señalándome el lugar donde antaño se levantaba la estatua colosal de Nerón, agrega:

—“Realmente esa es la verdad. Consumada la obra de su destino, Roma no tiene ya nada que hacer. Ha perdido sus virtudes y es arrebatada por la locura. Pierde la razón porque ha perdido su razón de ser. Locos del placer realizan las más extraviadas formas del deleite. Emperadores dementes moran en sus palacios. Muerto Cristo enloquece Tiberio! —Y desde entonces, solo de vez en cuando, entre crimen y crimen, un nuevo caudillo, un corto período de reacción, dan señales de vida —de razón— en la urbe moribunda y decadente”.

A la nueva luz de las palabras de Roma, yo, el hispano, pregunto: —¿Y Trajano?

(1) “Todo se acabó. Hemos juzgado a Dios y le hemos condenado a muerte. La sentencia ya ha sido dada, nada falta en ella, en lengua hebrea, griega y latina. Paul Claudel (Vía Crucis).

—“Trajano es ya, más bien —me responde— un símbolo para el futuro de España que un salvador del pasado de Roma. Así, tras él, los Antoninos, que rescatan por la letra el espíritu del Derecho Romano y por el arte el sentido clásico de la belleza; pero su período es la última claridad mental de la Roma agonizante que mande escribir su testamento a favor de la Cristiandad”.

Luego, entrando al Anfiteatro, concluye:

—“Solo queda Constantino que extenderá sobre ese “viejo testamento” del Paganismo su rúbrica en forma de Cruz.

## EL NUDO DEL DRAMA

Las palabras sibilinas de la diosa romana han penetrado, como una bandada de pájaros oscuros, en el vientre monstruoso del gran anfiteatro, fiera solemne ya dormida y harta de sangre y de siglos. Pájaros son, agoreros, misteriosos, que sólo pasados en el árbol de la Cruz, cantan su claridad.

La dea Nutrix, casi borrosa a la luz de la mañana, me lo explica al pie de la cruz levantada en el centro de la arena:

—“Las palabras de Roma son misteriosas hasta que llegan a este momento en que la Revelación las inunda de luz. Toda la historia antigua usa del misterio porque no lo posee. Pero el Misterio llega con la Redención y desde entonces se usa la claridad por que el misterio se posee. En este Coliseo luchó el Paganismo y su oscuridad misteriosa contra el Cristianismo y su misterio de claridad. Lucha de la Loba y del Cordero. Lucha de la materia y del espíritu. Eterna lucha del hombre requerido por Satanás y por Dios, por la sombra y la luz. Cristiandad y satanidad. ¡Mírala con tus ojos cristianos a la luz del nuevo día, porque las sibilas y las diosas pertenecen a la sombra, a la noche y al sueño. ¡Aeternum vale!”

Un rapto de luz destruye su presencia. Quedo solo ante la estatua, piedra muda.

Solo.

... El lento calor del sol, poco a poco, hace circular mis ideas, sin pensamientos detenidos, suspensos por el atormentado misterio de la diosa. Ella me ha dado, entre datos y sombras, la Roma que el tiempo me entrega entre vestigios y ruinas.

Sus palabras, martilleantes, golpean mi imaginación, prendida de los muros vetustos del Anfiteatro. “¡Comedia y drama! — ¡He ahí el nudo del drama de Roma!

Sin embargo ¡en qué posición, en qué terreno más dispar y distinto cruzan sus armas estos conceptos en lucha!

La comedia no baja a la arena del drama. La Loba, esparcida en las graderías espectantes, no concibe esa tierra dura donde el Cordero lucha; esa arena dramática del pecado original y de la Redención. Persiste en mirar como comedia la celeste fortaleza de los mártires. La plebe quedará suspensa, quizás desengañada, como si los actores representaran mal su papel, ante la originalidad desconcertante de esos nuevos gladiadores en éxtasis, en cuadro vivo. La Loba aúlla inclemente contra este nuevo teatro donde el drama es tan simple, tan carente de lucha escénica y sin embargo tan complicado para la mentalidad popular. ¿Cómo entender un hombre que canta mientras las llamas consumen sus miembros? ¿Cómo no encontrar desagradable esa fuga de “los actores” que parecen no darse cuenta del dolor y de la sangre, entregados de rodillas, con la vista en el cielo, a la furia desgarradora de las fieras? —Esa nueva escuela del arte gladiador tenía que producir un desasosiego, un disgusto en los espectadores. Pedirán mayores tormentos para que el actor vuelva a su papel y no se escape. Pero los intelectuales y los retóricos querrán

solucionar con su filosofía cómica el dramatismo inaudito de los mártires. Dirán: “inexplicable estoicismo”; mientras los políticos, alarmados por esa nueva escuela sombría, agregarán al disgusto del misterio, una razón más para la lucha. Llamarán a los “testigos de la fe”, “anarquistas peligrosos” que es tornar implacable a la Loba, fanática de la urbanidad, del orden ciudadano.

Y por esto la lucha es tan cruel. O, más claramente, por esto es la lucha.

La Roma equivocada, la que ha extraviado su profesión, no comprende la voz, no entiende el verbo de los que traen la eternidad de Roma.

El concepto político, urbano, de Rómulo reacciona —como contra Remo y contra César, pero más radicalmente— contra la amenazadora conversión de la Ciudad de Dios. Es el primer encuentro de la política con la teología.

Si por ley histórica el Estado sin Dios es un dios, “la política romana tenía que imaginarse atacada en sus fundamentos —cito a Bossuet— cuando sus dioses eran menospreciados”. Porque para Roma los dioses eran la ciudad, la ciudad invisible. Lo tras-natural. La razón romana no concebía lo divino o sobre-natural como de esencia distinta a lo natural. Sus dioses eran hombres transportados a las deservas del trasmundo. Sus dioses eran una especie de héroes, de políticos supremos, de gigantes en la virtud y en el vicio. En palabras más precisas: los dioses de Roma no eran divinos sino, al contrario, las divinidades de Roma eran romanas. El Olimpo era el cielo natural de la naturaleza de Roma. Y el Cristianismo, rasgando ese cielo raso con su Divinidad absoluta, perfecta y eterna; desprendía de un tajo la copa del árbol urbano. El Cordero iniciaba el drama por arriba. Rasgando el techo, bajo y material, del templo de la Loba. Destruyendo el decorado de la Comedia.

El choque, por tanto, tenía que ser formidable. Basta confrontar a los dos grandes personaje de la primera hora de la lucha, para medir la fuerza de ese choque. Nerón, la cumbre de la comedia, el que incendia a Roma sólo para tener un escenario para un rato de representación lírica; y Pedro, el que ha sido testigo de la Tragedia cumbre, el que tiene tal conciencia del drama de Cristo en el Calvario, que no quiere repetirlo e invierte su cruz, humillando hacia la tierra su cabeza ungió. Un hombre santo, escogido por el mismo Dios, solo quiere ser testigo de humildad, siervo de los siervos. Un hombre-monstruo como Nerón es, sin embargo, dios romano. La comedia nunca había llegado a tal podredumbre. El drama nunca a tal pureza.

Con tal abismo entre ambos conceptos la Loba no podía menos de sentir, por instinto, que si el Cordero la vencía, caía ella en el vértigo de tal abismo, despeñándose para siempre su historia. Era preciso el martirio, la persecución, el aniquilamiento del Cordero. Para enfrentarse a la Revelación, Roma dio su razón máxima: la Razón de Estado, que era como decir, la razón de Roma, la defensa de la tradición, del mos majorum. Por eso dice Bossuet: “Los Emperadores cuidaban más de exterminar a los cristianos que de destruir a los partos, marcomanos y dacios. En sus inscripciones aparecían con igual pompa el cristianismo humillado y las derrotas de los Sármatas”. La unidad religiosa no sólo se defendía en el espacio, sino en el tiempo. Rómulo creía defender, además de las murallas de la ciudad, las de toda la historia romana.

Por otra parte, San Pablo, que es la voz más violenta del Cordero, sabe y hace saber que se enfrenta a la comedia. “El Señor —dice— me ha enviado a predicar el Evangelio, no por medio de la sabiduría y el humano raciocinio, porque la predicación del misterio de la Cruz la creen locura los que se pierden”. “La Civilización antigua se apoyaba sobre un poder digno, aún para los cristianos, de simpatía y de res-

peto: la filosofía", dice Henry Leclercq. Pero San Pablo desnuda su espada y la hunde hasta el pomo en el orgullo de la antigüedad. "Escrito se halla en efecto —dice— ¡Destruiré la sabiduría de los sabios y desecharé la prudencia de los prudentes!" —La lucha por parte del Cordero parece también establecerse sin distinciones. La Revelación parece avanzar apas-tante sobre la Razón. "Al ver Dios —agrega San Pablo— que el mundo con la humana sabiduría no le había reconocido por medio de las obras de su om-nisciencia, plúgole adoptar otro camino y resolvió sal-var a los fieles por medio de la locura de la predi-cación".

Para la Loba el Cordero es la peligrosa locura de la Cruz. Para el Cordero la sabiduría de la Loba es "insensata". "Es necedad la sabiduría del mundo", afirma el Apóstol.

¿Es que acaso el Cordero responde, a la guerra sin cuartel de la Loba; con una guerra a muerte contra la Loba?

No.

"Nosotros —escribe San Pablo— predicamos a Je-sucristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles". El Cordero, como lo explicó la palabra sombría de la dea Nutrix, era el signo de contradicción para los dos pueblos que habían pecado contra su predestinación y destino. Para Israel, que había pecado contra la Revelación, era escándalo. Pa-ra Roma, que pecó contra la Razón, era locura. El Cordero no repugna de la sabiduría del mundo, sino de aquel orgullo que la hace necia. La Iglesia no desecha más que lo superfluo, lo que aleja del dra-ma y del concepto dramático de la vida a la Razón. En una palabra, desecha la comedia de Roma.

Es el mismo San Pablo de la lengua de espada, el de la locura violenta, quien, al mismo tiempo que así acomete contra "la Roma sin razón", se mueve con "una inclinación tan viva y sorprendente hacia la ci-vilización greco-latina". "Se sabe —dicen de San Pa-blo, Pedro Rousselot y José Huby— con qué predi-lectión, prescindiendo de los espectáculos de la natu-raleza (preferidos de los profetas y preferidos de Je-sús), toma sus comparaciones de la vida de los ciu-danos del imperio, militar o civil, y leerse su dis-curso con algún verso de Arato, Menandro, Epimé-nides, siempre que la oportunidad le brinda para ello; conocida es su admiración por la paz romana y el orden imperial". San Pablo, pues, quiere a Roma con amor conquistador. Ataca a Roma para tomár-sela. El Cordero destruye las murallas de Rómulo, como César pasó el Rubicón (para precipitar el des-tino imperial, y esta vez, no ya para los hombres sino para Dios) —"No tan sólo consagró Pablo su vida de Apóstol a romper la estrechez de la teología nacio-nalista, a predicar la libertad espiritual en contra de la doctrina formalista de la salvación por la ley —añaden los mismos autores—, sino que, en San Pa-blo, parece que el mismo hombre tiende a destruir el molde judío y lo logró ya en parte: diríase que aspira el Evangelio a obrar sobre una humanidad más libre, más desarrollada y completa de la que educó Moisés; tiende el vino nuevo a salir de los vetustos recipien-tes de Israel y a llenar los odres nuevos. El ojo de San Pablo descubrió fuera de su pueblo un ideal de hombre más completo y encantador". Era el hom-bre greco-latino. Para San Pablo la sangre guardada por siglos en el estrecho tabernáculo de Israel, necesi-taba ya de las venas preparadas por Roma. San Pa-blo, pues, "apela al César". Sin rehuir el drama arrea su Cordero hacia los dominios de la Loba. Y si des-envaina su espada para la lucha no es para dar muerte sino para cortar la decadencia, la comedia, lo que im-pide a la Loba vivir su verdadera vida. No quiere exterminar la sabiduría y la razón de Roma. Quiere que la razón purificada se doblegue ante la Fe.

## DESENLACE

El Cordero no lucha para humillar y vencer a la Loba, sino para que coavencida se humille. La cali-dad y el concepto de triunfo es distinto para cada ban-do. La Loba quiere vencer y humillar, pero allí mis-mo es donde el Cordero basa la virtud y efectividad de su triunfo, porque vencido, humillado y sacrificado es que el Cordero convence y arrastra a sus enemi-gos a la humillación, a la humildad que es la arena de su drama.

Cuando la Loba baja a la arena de la humildad, cuando la comedia comienza a bajar las graderías del anfiteatro, es cuando la Roma de la antigüedad co-mienza a fundirse con la Roma profetizada y eterna, con aquella Roma campeadora del Dante:

"Di quella Roma onde Cristo é Romano".

Mientras el Cordero va nutriéndose, como San Pa-blo, de la Roma dramática y profunda, de la Roma razonable, del derecho, de la filosofía y del arte; co-mienzan también a descender de los palacios y de los templos y de todo el inmenso escenario de la comedia, hacia la arena del drama, aquellos romanos de Remo que comprenden —convencidos por el Cordero— que las murallas de Rómulo cercan una ciudad ya ca-duca y cumplida y que hay que saltarlas. Son ellos los hombres de la razón que recobran la razón, los que escuchan esa voz interna y escondida de Roma que tantas veces moviera —como impulso ciego— el curso imperial de los césares, o la inspiración de los poetas, o el raciocinio mismo de sus filósofos. Voz interna, voz de la Roma predestinada que quiere con-sumar su designio, voz dramática de Roma que más tarde había de traducir San Agustín con estas misio-neras palabras: "Acaba ya ¡oh Roma! de escoger el medio que has de seguir para que seas sin error alguno alabada, no en ti, sino en el Dios verdadero; porque aunque hasta ahora alcanzaste la gloria y alabanza popular, sin embargo, por oculto juicio de la divina Providencia te faltó la verdadera religión que poder elegir. Despierta ya y abraza la vida y destino ce-lestial, por el cual será muy poco o que trabajarás y en él verdaderamente y para siempre reinarás; por-que allí, no el fuego vestal, no la piedra o ídolo del Capitolio, sino el que es uno y verdadero Dios, que sin poner límites en la grandeza que ha de tener, ni a los años que ha de durar, te dará un imperio que no tenga fin".

Tales romanos que han recobrado el genio de Ro-ma comprenden la "razón perdida" de la urbe deca-dente, la locura solo curable por esta nueva locura de la Cruz. En efecto, contra la locura de la Loba que San Atanasio llama "locura de querer salir fuera de la razón con la razón humana", el Cordero ofrece el remedio predicando la locura de la Cruz, locura de la Divinidad que sin salirse de la Divinidad se hace hombre para hacernos "entrar en razón". "Porque —como dice Rousselot— la obra de Dios en el cris-tianismo es ciertamente la perfección de la razón hu-mana, pero tal perfección es tan divina, que el hom-bre no la puede alcanzar por sus propias fuerzas. Necesita la ayuda de Dios". "El cristiano sabe que comprender es una gracia".

El Cordero, pues, ha convencido; que es su modo de vencer.

La Loba descende al drama.

Ya bajan a la arena un procónsul: Flavio Cle-mente. Un Sebastián, capitán de la Guardia Imperial. Una virgen de la más dulce belleza romana como Cecilia. Un filósofo, como Justino. Una Legión Te-bea que reconoce de pronto la nueva extensión divina del Imperio.

Poco a poco la comedia va abandonando los crue-les escaños del espectáculo, hasta que el reclamo del Cordero convence al César, que baja a la arena y detiene el duelo.

A los tres siglos de lucha se efectúa el desenlace

del drama. El Papa Silvestre y el Emperador Constantino cierra el anfiteatro que es abrir la Libertad.

A los tres siglos de lucha se efectúa el desenlace del drama. El Papa Silvestre y el Emperador Constantino consuman esta victoria paralela e inaudita: victoria de Roma y victoria de Cristo. La Loba ha devorado al Cordero, ha comulgado con su carné y con su sangre y por eso vivirá eternamente. Y también el Cordero ha bebido la leche de la Loba, ha hecho suyas las esencias del destino de la Urbe, y será desde entonces su Iglesia: católica, apostólica y romana.

“Por lenta evolución —dicen Rousselot y Huby—, bruscamente interrumpida en tiempo de Juliano el Apóstata, pero continuada luego por Teodosio, el cristianismo logrará ser religión del Estado”. Pero Roma no quedará aún satisfecha, ha saltado de tal modo sus murallas que pronto será Estado de la Religión.

Así se cumple la profecía de Isaiás: “Habitabit lupus cum agno”, presentimiento de una Edad Dorada que también Virgilio acarreará al panal de sus versos.

## CAMINO, VERDAD Y VIDA DE ROMA

Saliendo del Coliseo hacia la sombra maravillosa de las Catacumbas —camarillas del gran teatro de la lucha— los datos de esta mutua victoria cobran una ternura infinita, al mismo tiempo que enseñan, según las palabras de la diosa antigua, cómo si la victoria es eterna, la lucha también es permanente. El duelo entre la Loba y el Cordero es la batalla constante de la sombra y la luz, del cuerpo y del alma, de la ciudad terrena y la Ciudad de Dios. En veinte siglos durante los cuales la lucha se ha repetido en cada uno de sus aspectos, Roma también ha repetido su victoria de un modo o de otro.

En las Catacumbas de San Calixto lo he comprendido.

En sus galerías subterráneas —tumbas de donde había de surgir la Roma resucitada— se vive entretelones el gran drama que el Coliseo sólo presenta de una manera escénica. Sus monumentos e inscripciones son como las acotaciones marginales a la obra.

Nada más íntimo —para la emoción del drama del Cordero— que el cuerpo de San Cecilia decapitado; delicada Venus de la castidad, bajo su blanco traje de novia de Cristo, y cuyas manos (las que Venus perdiera en la comedia) dicen en ella, con intenso dramatismo, el Misterio de la Trinidad en cuya afirmación y testimonio dio la vida. Una mano proclama con el dedo índice la Unidad de Dios. La otra, con la intacta constancia de sus tres dedos erguidos, confiesa la trinidad de las Personas.

Allí está la sangre del sacrificio. La Loba dulcemente convertida en Cordero.

Pero un poco más allá las inscripciones y decoraciones de los sepulcros y criptas —como expone de Rossi— han tomado su inspiración del arte pagano. Hasta en el mismo Misterio defendido por Cecilia se busca en el Derecho Romano la palabra persona “para aplicarla a los diferentes términos de las relaciones divinas”. Como dice Pastor: “Los que continuaron la obra de los Apóstoles estimaron en mucho y recomendaron los estudios clásicos; y aún los antiguos cristianos —si bien se distinguieron por su severidad— no tuvieron reparo en vestir las ideas de su Religión con los versos de poetas gentiles, como, por ejemplo Virgilio”. “Mostrando todos ellos —agrega— tener ojos muy abiertos y ferviente sensibilidad, para percibir las bellezas de la literatura clásica; los cuales, sin apartar sus miradas de los lados oscuros y de las negras sombras de la gentilidad, acertaron a ver también el brillo solar, el rayo de eterna luz que circundaba aquellas gloriosas obras del espíritu humano, y oían asimismo las proféticas voces que claramente sueñan en ellas, procurando combinarlas con el lenguaje del cristianismo”.

Allí está la leche de la Loba amamantando, romanizando al Cordero.

Pero tal equilibrio que es, precisamente, la doble victoria de la Loba y del Cordero, o sea, la nueva Roma, tiene su lucha entre-telones que no se ve en el Anfiteatro.

Algunos cristianos, como Tertuliano, exageran de parte del Cordero. “¿Qué tiene que ver la Academia con la Iglesia? —dirá el extremado autor de De Prescriptione—. ¿Para qué hemos de necesitar la curiosidad (por la antigüedad) los que conocemos a Jesucristo, y qué hemos de buscar, conociendo el Evangelio?”

De parte de la Loba, el equilibrio también se rompe con el Emperador Juliano, el Apóstata, quien dicta medidas para “quitar a los cristianos el eficaz medio de formación por los estudios clásicos”. Si la nueva Roma cristiana vio en esto “una de las más peligrosas medidas de hostilidad contra el cristianismo” y se defendió con bizarría —según las palabras de Pastor—, así mismo contra la exageración de Tertuliano y sus seguidores tuvo palabras tan duras como las de Clemente Alejandrino: “Aquel que descuide la filosofía pagana se parece a los insensatos que quisieran cosechar racimos sin haber cultivado las viñas. Pero, por cuanto los gentiles mezclan lo verdadero con lo falso, es preciso tomar de la sabiduría de sus filósofos, con la precaución conque se cortan las rosas de entre las espinas”.

Los extremos de Tertuliano y de Juliano repetirán, perennemente su fuga del equilibrio eterno de la nueva Roma; pero sobre ellos la victoria ya está garantizada.

Un día será la herejía iconoclasta o la furia incendiaria de Sabonarola. Otro día será el Renacimiento, extremando el humanismo contra la suprema jerarquía del Espíritu.

Un día el Estado querrá negar al cristianismo el suelo terrenal de la política. Otra vez la Iglesia verá a sus jerarcas darle primacía al orden temporal sobre el espiritual. Aspectos son todos de la misma lucha, pero tienen siempre un mismo desenlace. Aspectos simbolizados en las siete colinas antiguas, cuyas ruinas sólo encuentran su resurrección en el Monte Sacro del Vaticano.

Porque de las siete colinas antiguas, —de la colina del pueblo erguido en soberano, en el Aventino; de la colina de la aristocracia, plena de poder en el Senado del Capitolino; de la colina del César endiosado en el Palatino; de todas las colinas donde la razón humana ha levantado su presunción y su ruina; sólo a una le está garantizada la eternidad de su victoria, a aquella que con misterioso acierto la antigüedad llamara “Colina de los Vaticinios”. Es “la Santa montaña donde Dios ha hecho morada de la Unidad y de la Verdad” —según las palabras del Profeta.

La montaña del Sumo Pontífice, del que hace puentes para unir esos altos esfuerzos sin destino, esfuerzos del hombre sin Dios. Del que hace puentes para conectar las dos Ciudades y los siete montes de la historia del hombre con el Monte Calvario de la historia de Dios, Redentor.

Sea, pues, el choque en el terreno de la filosofía, o de la política, o del arte, la eterna Roma de Cristo, la Urbe Capital infalible del nuevo Imperio, es la que dictará la armonía que un día consiguió con el sacrificio. La Roma natural de la Loba dará su leche para la mantención del Cordero. La Roma sobrenatural del Cordero dará su sangre y su carne para la salvación eterna de la Loba. “Al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”, pero en la nueva alianza, el César es de Dios; el mundo ha sido conquistado por el Supremo Rey a cuya ley e imperio está subordinada toda labor del hombre. El reino de Dios no es de este mundo, por lo mismo, el reino de este mundo nos debe de llevar al Reino de Dios.